

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

22/2019

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Tertrais, Bruno, *La venganza de la historia. Cómo el pasado está cambiando el mundo*, Barcelona, RBA, 2018

(Francisco Javier Caspistegui)

pp. 813-816 [1-4]



Universidad
de Navarra

Tertrais, Bruno, *La venganza de la historia. Cómo el pasado está cambiando el mundo*, Barcelona, RBA, 2018, 175p. ISBN: 9788490569757. 19'00€ 

Contenido. Introducción. 1. Cuando la historia comienza de nuevo, el pasado resurge. 2. Las raíces de la venganza. 3. La historia tiene consecuencias. 4. Una gira mundial de los fantasmas del pasado. 5. Del buen uso del pasado. Epílogo. Notas.

¿El conocimiento del pasado afecta al presente de forma directa? ¿Tiene consecuencias saber qué ocurrió en otros tiempos para nuestro día a día? ¿Pasaría algo si no supiéramos nada de nuestros antepasados? ¿Cómo «hacer frente a la avalancha de la Historia sobre la escena internacional, para que no llegue a inflamar de forma excesivamente apasionada las relaciones entre los pueblos» (p. 130)? En definitiva, como se preguntaba Reinhart Koselleck, ¿sirve aun para algo la historia?

En parte la respuesta a estas preguntas se quiere esbozar en este ensayo, primordialmente a partir de la perspectiva de un politólogo especializado en geopolítica y relaciones internacionales. Y es ahí cuando afirma que «[e]n todo el mundo el futuro está aplastado por la carga del pasado» (p. 81), que —afirma—, «está por todas partes. En la era del retorno de la nación y de la yihad global, el pasado aparece exhumado, reconstruido, reinventado, mitificado para servir de inspiración o de revulsivo, de justificación a las reivindicaciones, de guía para la acción, de referencia para la interpretación de las situaciones» (p. 13). Y esta presencia masiva no la contempla de forma positiva, sino como la cara opuesta a un tiempo de progreso y utopía frente al que el pasado se venga: «contra las promesas de un futuro radiante encarnadas por el liberalismo y el socialismo, y contra la tendencia a diluir las identidades y disolver las raíces en el gran caldero de la globalización, el nacionalismo y el islamismo proponen remedios fundados sobre la tradición, incluso sobre el retorno a una supuesta Edad de Oro» (pp. 13-14). Son estas dos últimas ideologías, señala, las más ancladas en el pasado; las que dominan en la actualidad, imponiendo su tendencia a dejar el futuro a la espalda y construyendo a partir de la idealización apasionada del pasado, con la gran novedad de que esta construcción no se limita a espacios más o menos tradicionales, sino que busca extenderse al conjunto de la humanidad, busca una globalización que marca las relaciones entre estados y naciones.

Esta universalización girada hacia el pasado supone el reverso de los efectos de la globalización como ideal de futuro (economía global, mestizaje cultural, bienestar generalizado) y corresponde por tanto a un modelo contrario al que marcó las diversas ideologías de progreso de los siglos XIX y XX, especialmente a partir de la crisis de 2008, una voz de alarma que ha llevada a buscar refugio en el pasado. Ante un futuro oscuro que ha sustituido la palabra utopía por distopía, este tiempo pretérito al que se recurre en busca de referentes y anclajes que contrarresten la velocidad de las transformaciones, se elabora a partir no de una consideración científica, académica o vinculada a grandes principios como la objetividad y la verdad, sino como construcción interesada. Por ello, en este libro la historia a la que se hace referencia está caracterizada

RECENSIONES

de forma negativa, aun cuando reconoce el autor la necesidad de recurrir al pasado como elemento estructurador y de cohesión social. Sin embargo, más allá de una visión equilibrada, su empleo como instrumento de simplificación en la confrontación política e identitaria, al recurrir a hechos escogidos como demostración de derechos o para borrar aquellos que pueden perjudicar los nuevos ideales, o al presentarlos como analogías predictivas (nuevas Edad Media, guerra fría, Vietnam o guerra civil española), tiene una efectividad práctica inmediata y unas consecuencias que van mucho más allá del mero conocimiento.

Formulaciones teóricas aparte, este panorama lo concreta el autor en buena parte de los nacionalismos populistas que se van imponiendo en el mundo, para los cuales la historia, entendida como relato y construcción de sentido, es fundamental. Se buscan héroes para encarnar valores a los que se ve en trance de desaparición, y muchas veces se (re)construyen desde los mimbres del pasado, adecuándolos a las ansiedades de un presente en el que occidente (y especialmente Europa) ha pasado de vanagloriarse de su exitosa impronta universal, a verse forzado a reconocer múltiples crímenes y abusos. Las triunfantes historias nacionales han dejado paso a una preeminencia memorial en la que la diversidad y las minorías cuestionan lo recibido. Frente a todo ello surge una narrativa histórica que busca una nostalgia confortable, a la vez refugio y defensa apasionada frente a unos cambios que se consideran inabordables. Y el nacionalismo es uno de esos refugios elaborados a partir de la mirada al pasado, que sirve para levantar mitos y ritos, tradiciones e imaginarios con los que difuminar un presente percibido como hostil. Reafirmar lo propio en el pasado, en la sangre, el cementerio y la tierra, como señalaban Spengler o Barrès, sirve para reafirmar las fronteras, es decir, las diferencias. No es de extrañar, por tanto, la reaparición de chivos expiatorios y enemigos hereditarios, viejas expresiones que se renuevan para responder a necesidades del presente y tanto más peligrosas cuanto más lejanas quedan de las referencias históricas que nos han mostrado los horrores del pasado. Y señala el autor, además, que frente a todo ello, las élites se encuentran mal preparadas para una historia que regresa con fuerza, convencidas de encontrarse en un tiempo poshistórico y posmoderno originado en la ola del progreso indefinido al que la última crisis ha puesto tan abrupto final.

Ilustra Bruno Tertrais sus argumentos con un catálogo diverso de situaciones en las que se aprecian los efectos de esa omnipresencia del pasado, desde las disputas territoriales por las islas entre China y Taiwán o Japón, al auge del nacionalismo indio y su búsqueda de las unificaciones territorial y religiosa, o al constante empleo del pasado por los radicales islámicos, tanto en sus aspiraciones expansionistas, como frente a la introducción en su territorio de un modelo modernizador por occidente. Señala lo sintomático del empleo de las cruzadas para justificar la venganza contra los occidentales, reforzado por el uso desde occidente de la misma palabra para calificar la lucha contra el estado islámico. Todo ello confiere a su argumentación un tono apocalíptico, de confrontación por la existencia, simbolizada por ejemplo en la batalla de Kerbala (680), que enfrentó a los nietos del profeta contra las tropas del califa y que sirve de modelo para el enfrentamiento actual entre chiíes y suníes. También presta una significativa atención a Vladimir Putin y a su política decidida de reconstrucción imperial rusa, tan apoyada en el pasado. Su propia figura vendría a ser una síntesis, en opinión del

RECENSIONES

autor, de dos momentos históricos: el zarismo y el estalinismo, especialmente en la búsqueda de la unidad de poder y el prestigio nacional e internacional.

Respecto a la Unión Europea, retoma un argumento que ya formuló Tony Judt al hablar de una segunda posguerra mundial que solo fue un paréntesis frente a unos problemas que ya se habían manifestado desde 1914. Afirma Tertrais que desde la última crisis «los fantasmas del pasado nos han alcanzado de verdad» (p. 120). Los enfrentamientos de la guerra reviven, se enarbola Poitiers e incluso la defensa de Viena y los nacionalismos se rearman frente al vecino, frente a Bruselas o frente a unos EE.UU. que bajo Donald Trump ha revivido los modelos aislacionistas del siglo XIX.

Este turbulento panorama, con ciertos rasgos distópicos, lo trata de contrarrestar el autor mediante pautas que lo desactiven. Por ejemplo, recomienda desconfiar de las analogías, una muestra del presentismo de la cultura occidental, y su obsesión por los aniversarios y la memoria, aunque su uso como mecanismo heurístico puede ayudar a la comprensión de la naturaleza humana. Tampoco ve factibles siempre las reconciliaciones, a las que califica de ilusorias en muchos casos, tanto por el enquistamiento de las posiciones, como por la desigualdad de las posiciones enfrentadas, que difícilmente pueden subsanarse con acuerdos igualitarios y sí, en cambio, mediante el reconocimiento de la sensibilidad ajena. Cita y sigue a David Rieff en su reivindicación del olvido, que no es ni desmemoria ni negacionismo, sino terapia aplicada en el momento más adecuado posible. Tampoco rechaza los relatos nacionales siempre que se atengan, señala, a dos condiciones: «no confundir relato y narrativa, mito y realidad, y recordar que el pasado es siempre una construcción»; y «no hacer del mito nacional una reivindicación política» (pp. 145 y 147). También aconseja sobre el arrepentimiento, considerando que asumir culpas del pasado es imprescindible, pero legislar al respecto tiene riesgos, sobre todo si es el legislador el que revisa dejando de lado al historiador. En último término, la receta es sencilla en su formulación: «tenemos que saber mirar al pasado con los ojos de la razón: aceptar el debate» (p. 153).

La reflexión contenida en este libro es interesante, aunque solo sea por introducir la variable de las relaciones internacionales en el tema de los usos del pasado, una mirada que contribuye a la necesaria interdisciplinariedad de la historia. Esa posición politológica tal vez explique que hablar de venganza de la historia pueda sonar grandilocuente y dramático, con cierto tono apocalíptico y, como queda dicho, distópico. Puede compararse con un libro similar de Margaret Macmillan —*Usos y abusos de la historia*, Barcelona, Ariel, 2014 (ed. original: *Dangerous games. Uses and abuses of history*, 2010)—, en el que pese a reconocer las muchas manipulaciones de que es objeto el conocimiento histórico, mostraba una posición más optimista (en vez de venganza de la historia se refiere a las facturas de la historia, una imagen tal vez menos aterradora). Por ejemplo, admitía Macmillan al final del prólogo los excesos en el uso del pasado, lo que «no significa que no debemos examinar nuestra historia para buscar comprensión, apoyo y ayuda; significa que debemos hacerlo con mucho cuidado» (p. 13).

En cualquier caso, la perspectiva de Tertrais es útil y sirve para mantener la reflexión y la crítica sobre unos usos del pasado a los que los historiadores llevan tiempo prestando atención, muy conscientes de que son instrumentos de conformación de políticas identitarias a las que desde la disciplina de Clío se ha contribuido en ocasiones

RECENSIONES

de forma inconsciente. Tal vez también desde la historia debiera entonarse una disculpa por los argumentos proporcionados a los extremismos. Quizá también debiera abordarse una deontología profesional, pero ¿quién y cómo asumir la definición de los límites cuando se difuminan las fronteras entre historia y memoria? Entre tanto llega ese momento, queda seguir manteniendo la tensión crítica y la aplicación de la razón, aunque no esté de moda.

Bruno Tertrais (1962), formado como politólogo en el Instituto de Estudios Políticos de París, se ha especializado en el análisis geopolítico y estratégico. Actualmente es director adjunto de la *Fondation pour la recherche stratégique* (FRS). Ha pasado por la OTAN, el Ministerio de Defensa francés y la *Rand Corporation*. De tradición liberal, ha estado vinculado al PSF. Entre sus muchas publicaciones, cabe destacar las más recientes: *Le Président et la Bombe. Jupiter à l'Elysée* (2016, con Jean Guisnel); *Les Guerres du climat. Contre-enquête sur un mythe moderne* (2016); *L'Atlas des frontières. Murs, conflits, migrations* (2016, con Delphine Papin); o *Les Vingt prochaines années. L'avenir vu par les services de renseignement américains* (2017).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra